

Disponer el ánimo: el arte del acompañamiento

Eduardo Valdés, sj

Los ejercicios de San Ignacio son un gran don para la Iglesia. Sin embargo, todos sabemos que no se hacen sin un director, se necesita una persona que ayude en ese camino. Ese director de ejercicios tiene un trabajo que hacer. Más que un trabajo es un arte como las viejas escuelas de artes y oficios. Quisiéramos entrar en ese arte de acompañar de manera discreta y breve.

Hay una discusión base. Para acompañar los ejercicios hay que pasar primero por esa escuela. Es decir, hacerlos para darlos. Sin olvidar que para acompañar hay que tener la experiencia de ser acompañado, pues, se transmitirá un testimonio o cobrará vida esa experiencia. Pero no es evidente que toda persona que los haya hecho sea idónea para acompañar. Recordemos al mismo Ignacio que decía que Fabro era de los mejores en darlos, después venía...

Si quisiéramos hacer un croquis sucinto, podemos afirmar que hacer los ejercicios es tener una experiencia de Dios, darse cuenta para finalmente “empalabrarla”, es decir, nuestra palabra recoge ese trabajo íntimo que Dios ha hecho en nosotros a través del espíritu. Para acompañar hay que ser una persona de Dios que tiene una inteligencia espiritual, más aún una sensibilidad: “ser capaz de reconocerse en el paisaje de otra persona”¹. Es el arte de desaparecer cuando se está presente y cuando se conduce a la otra persona dejarla en relación libre con Dios. ¿Cómo ayudar a transitar por ese camino?

* Jesuita. Pertenece al Consejo de Redacción de Diakonia.

¹ Pierre Gouet: À sa suite: aimer Dieu et notre monde. Garrigues No 31 (Juillet / août/septembre 1990). “Ignace de Loyola aujourd’hui. Este artículo ha inspirado casi toda esta reflexión. Quedo agradecido a esta mirada fina sobre San Ignacio.

Quisiéramos dar tres criterios que, en el fondo, se hacen uno solo. En la primera anotación de San Ignacio en los Ejercicios nos da la regla de oro que se vuelve la descripción del mismo camino a emprender. "Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las affecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales" (EE. N°. 1). Todo consiste en disponer el ánimo. Este vértice nace o se da en dos grandes coordenadas: el punto donde estamos y una manera de proceder.

No dejamos de recordar que no estamos ante una ciencia aunque los ejercicios piden y dan conocimiento sino ante un arte porque el objeto de este saber es una persona. Estamos en el orden de la relación, en el mundo profundo del afecto, es decir, en la intimidad de un ser humano, de su capacidad de entrar en relación con el mundo, con las otras personas, con Dios. Estamos en el corazón de la fe: la confianza. Fiarse de un amor, confiar en un rostro.

1. El punto donde estamos

Ignacio comienza dándonos un punto de partida: tomar a la persona en donde está. Eso supone escucharla, acogerla y ayudarla a que vaya, poco a poco, encontrando su camino hacia la paz. Esto nos permite no perder ni olvidar el horizonte y sentido de los ejercicios, la primacía la tiene la persona. No podemos dar primacía al método, a los diversos ejercicios, es decir, a la mecánica o técnicas de los ejercicios. La realidad central e importante es la persona que está ahí y el camino que hará. Esto supone estar muy presente a todos y cada uno de los datos que la persona ofrece.

En este sentido, acompañar supone respeto, paciencia y una atención extrema al camino que comienza a hacer o está haciendo el ejercitante. Ayuda mucho conocer otras ciencias, v.gr. la sociología, la psicología, la antropología, etc. Toda ciencia que me permita escuchar y ganar finura en la relación que tenemos presente. Este estar presente al punto donde está la persona se despliega de diversos modos en todo el caminar de los ejercicios. Las anotaciones, las adiciones y las mismas

reglas que Ignacio nos da son un estar cercano a la persona para que logre hacer el camino y llegue a ese encuentro con Dios.

Recordemos la anotación 6 donde Ignacio nos dice que entrar y dejarse conducir en los ejercicios supondrá “mociones espirituales en su ánima” y “agitado de varios spíritus...” La persona es tocada y al encontrarse en ese camino se producen experiencias y sentires. Por eso, el acompañante ayuda y apoya al ejercitante para que se ponga en el lugar de la cita con Dios. Se encontrarán incapacidades o “que no pasa nada”. Estamos ante un obstáculo que procede de un sufrimiento que conviene hablar.

Este apoyo es lo fundamental y no el querer “hacer los Ejercicios” a cualquier precio o llevar al ejercitante por donde uno fue llevado. Los ejercicios no se hacen como si uno fuera a subir alguna montaña de los Andes. Tampoco que “repita” el camino que uno ha recorrido sino ayudarlo a que encuentre su ruta inédita que Dios le tiene prevista, con su propio ritmo.

Acompañar pide que haya acompañante, estamos “con” el ejercitante. El acompañante hace el camino sin ningún matiz de poder. Cuando uno acompaña estamos al lado del ejercitante, es decir, somos testigos. Conocemos el camino que la otra persona no conoce todavía. Sabemos que en ese recorrido hay puntos de vista que son tan preciosos que conviene detenerse también habrá que tomar otro punto de vista como la repetición, etc. Hay lugares o encrucijadas que pueden perdernos, pues, hay puntos que se parecen pero no son conducentes para el encuentro.

Si bien es cierto que el acompañante conoce todo ese recorrido, debe tener cuidado de no transmitir su propia experiencia sino “narrar fielmente la historia de la tal contemplación o meditación... porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discuriendo y raciocinando por sí mismo... es de más gusto y fructo espiritual, que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia...”(EE. N° 2). Es Dios, Jesús, el Espíritu quienes entran en relación estrecha con el ejercitante. El acompañante cuida para no perder ese encuentro.

Podemos decir que esto es paradójico en Ignacio, pues, hablando lo que Dios hacía en él se da cuenta que “ayudaba a las ánimas”. Sin embargo, hay una coherencia profunda en Ignacio, pues, no quería

contarse aunque no dejara de transmitir ni detener ese calor y alegría que experimentaba. Estaba contando el trabajo de Dios.

Precisemos un poco. Es imposible que no aparezca implícitamente la experiencia del acompañante en la manera de hablar. Pero ese deseo de abstenerse de cualquier confidencia es movido por una razón importante, no quitarle a la otra persona la satisfacción de su propio descubrimiento. Hay que estar convencido que la persona tiene su gozo y su historia con Dios.

Supone paciencia (posiblemente con gran sentido del humor) con el ejercitante para que suavemente vaya encontrando en su propia persona, en su vida aquello que es obstáculo en su camino hacia Dios. Lo mismo sucederá en un punto, en un trozo evangélico cuando descubra “quier por la raciocinación, quier sea ilucidado por la virtud divina...”(EE. Nº.2) es a luz, ese sentido de su pasado, de su futuro y de su presente en el seguimiento de Jesús. No olvidemos cómo termina la anotación 2, “... porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente”.

Por eso, los encuentros aparentemente inútiles, el ayudar siempre al ejercitante para que no piense que tenemos la verdad sobre él... ayudan a este sentir y gustar que debe experimentar el ejercitante. El acompañante también cree que Dios actúa en su creatura y solo Él en los ejercicios. Podemos leer a este respecto toda la anotación 15 de los Ejercicios.

Hay que saber matizar dos expresiones que parecen estar ligadas a este conocer el punto donde está la persona, “el deber de obedecer ciegamente a su confesor” y aquella otra que dice, “sumisión total a Jesucristo y a mi director”. Hay un peligro fundamental con el acompañante, pues, descubre que el ejercitante está sujeto de pies y manos ante él. Le tiene que enseñar que se gana una autoridad pero en el servicio. Porque “acompañar” es, algunas veces, “seguir”. Pues, cuando se escucha al ejercitante se sigue día a día, encuentro tras encuentro, el camino que lleva y uno puede terminar sintiéndose pequeño en todo ese proceso donde Dios lleva la guía y la fuerza.

Esto nos permite abordar la abnegación que hay que tener para acompañar bien. Ignacio nos invita a este camino: “porque piense cada

uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, quanto saliere de su proprio amor, querer y interesse” (EE. N°. 189). El acompañante debe someterse al camino de otra persona, aquí está su abnegación. Este “sometimiento” lleva, muchas veces, a que uno se sienta por momentos intensamente impotente o entramos en un vértigo que no sabemos hasta dónde nos llevará.

2. Disponer el ánimo

No podemos manipular a Dios pero podemos disponernos a Dios. Esta experiencia es frecuente y profunda en Ignacio. Sabemos que el acompañante debe tener todas estas reservas que hemos hablado, pues, estamos con el ejercitante ante un evento o experiencia interior donde la consolación y la desolación no está en nuestra manos y no es producto de nuestro hacer o mérito. Y de ahí la pregunta de algunas personas, ¿podemos ayudar a las personas para que esta experiencia se dé? ¿Cómo podemos ayudar al ejercitante para que pueda disponerse a Dios?

Ignacio da varias recomendaciones, “... si hallo lo que quiero de rodillas, no pasaré adelante... la 2ª., en el punto en le qual hallare lo que quiere, ahí me resposaré, sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga” (EE.N°. 76). Si meditando un texto evangélico uno se siente tocado, te dice muchas cosas, te hace sentir, entonces quedarse. Pues, nos han dado una señal donde la palabra de Dios se une a nosotros en profundidad y de manera especial para mí.

La primera parte de esta recomendación parece anodina porque habla de estar de rodilla o en otra posición para orar. Pero Ignacio ayuda enormemente a servirse del cuerpo para encontrar a Dios. También del tiempo, de los lugares, de lo que nos rodea. Pero la intuición básica es haber encontrado la unidad del ser humano. Todo pasa por el cuerpo incluidas las consolaciones o desolaciones. Todo lo de Dios toca el cuerpo. Incluso vemos hablará de claridad, inflamarse, derramar lágrimas... que toca lo más sensible para terminar en una noción más espiritual: “... todo aumento de esperanza, fe y caridad...”(EE. N°. 316).

Ignacio sabe que el cuerpo fue hecho para que el espíritu aparezca. Por eso, las indicaciones minuciosas, concretas y aparentemente detallista

para la oración: lugar, momento, posición del cuerpo, iluminación, alimentación... Todas esas menudencias no tienen sentido sino en relación con lo esencial que se pasa o se pasará: la búsqueda de Dios. "...el que da los ejercicios, quando siente que al que se exercita no le vienen algunas mociones spirituales en su ánimo... ni es agitado de varios spíritus; mucho le debe interrogar cerca los exercicios, si los hace, a sus tiempos destinado y cómo; asimismo de las addiciones, si con diligencia las hace..."(EE. N°. 6).

Estamos ante un realismo espiritual denso y recio. Es hacer entender al ejercitante que tomar la resolución de amar a Dios puede terminar en no decir nada. Es querer trascender las contingencias que nos hacen seres humanos. Ahí se da el camino. Es aprender a pasar más allá del cuerpo, de lo contingente, ligarse a la realidad de la vida cotidiana y ahí hacer el camino.

Casi estamos diciendo que ayudar a las almas se da por pasar por su propio cuerpo. En este sentido podemos recoger la penitencia como una de las maneras precisas de "disponer el ánimo". Pues, por ahí el ejercitante asume una privación voluntaria donde el ejercitante debe encontrar él mismo la medida. Así la penitencia se transforma en una "ejercicio" de la libertad y que fomenta esa misma libertad. Hace que la libertad sea capaz de darse a Dios sin que un primer placer venido le haga ceder o las dificultades que se encuentre en seguir esa voluntad de Dios.

Es un gesto simbólico que hace que la penitencia se vuelva palabra para expresarle a Dios que más allá de nuestra debilidad, de nuestras tendencias, de nuestras pulsiones y fragilidades lo buscamos a Él. Por otro lado, toda esclavitud que puso el pecado en nuestra vida y que pasa por el cuerpo se encuentra con el signo de la lucha que se entabla para mostrar que la vida también pasa por esos mismos lugares haciendo que todo se "redima". Es un acto de libertad que nos pone en la salvación. Así nuestro corazón rompe todas sus ataduras y descubre cómo puede vibrar con todo aquello que lleve a la fe. Es ser libre para el amor.

Disponiendo así mi persona, hago que mi cuerpo, mi humanidad y mi espíritu puedan ganar esa libertad que pasa por lo cotidiano, por el mundo, por las cosas creadas. Es aprender un camino hacia el corazón donde logro finalmente encontrarme con Dios para hacer ese mismo camino al interior de las sociedades y volver a toparme con ese mismo rostro de Dios que me es íntimo. No olvidemos que todo ese camino es

para encontrar la voluntad de Dios una vez que las afecciones desordenadas han dejado de tener el peso que me impide en ese caminar. No basta encontrar la voluntad de Dios hay que ponerla en práctica y mantenerse en ella.

3. Una manera de proceder

Esa libertad de la que estamos hablando se presenta sustentada en una experiencia profunda de Dios. El umbral de los ejercicios que se da en el principio y fundamento nos muestra esa “mayoría de edad” en la vida espiritual. El sentirse creado, es decir, saborear que la mayor originalidad de Dios es ser mi origen me hace descubrir una serie de relaciones que marcan para siempre mi vida. Más aún, la hacen ser vida en y con el espíritu. Esas relaciones se llaman alabanza, hacer reverencia (respeto) y servicio. Anclado en esta experiencia descubro con gozo y paz que se da la verdadera, franca y auténtica libertad.

En la indiferencia que propone Ignacio, nacida de esta experiencia anterior se empieza un camino novedoso, inédito e inimaginable de la libertad, es decir, del Espíritu en mí. Así tenga salud lograré encontrar a Dios, y cuando tenga enfermedad puedo descubrir al mismo Dios que camina conmigo. Un Dios que me transfigura en Espíritu como hizo un día con su Hijo pero me lleva a la transfiguración total, la cruz, para descubrir que en todo momento siempre ha estado conmigo y con su Hijo. La resurrección es el esplendor de esta presencia y la apertura definitiva en el amor de la libertad. Es decir, esta libertad que así camina y hace historia se vuelve una manera de proceder no solo de ser. Esto es el más que se pide en todo momento.

Esta manera de proceder que recorrerá todo el proceso de los ejercicios me dará una experiencia inolvidable y marcante, el tatuaje o sello en el corazón que dice el Cantar de los Cantares. Hay una relación íntima entre la relación a Dios y la relación al mundo de los seres humanos. Es un mismo movimiento, es el mismo amor que me conduce a uno y otro del camino.

Haciendo los ejercicios descubro algo maravilloso de la espiritualidad y la historia que tejó. El ser humano no encuentra a Dios solamente en la

oración o cuando entra a lo secreto de su corazón. También lo encuentra en la acción, en el servicio a los seres humanos. Una acción puede valer una oración y exigir la misma abnegación.

Así podemos comenzar a entender por qué los ejercicios terminan con la meditación para alcanzar amor donde estamos invitados a encontrar a Dios en todas las cosas. Es decir, la oración formal es relativizada y hace parte de ese camino amplio, hermoso y gracioso de ver en Dios en todas las cosas, en todas las acciones.

Pero la manera de proceder indica proviene de una oración donde la vida entera tiene su lugar y se hace su lugar. Junto a la meditación para alcanzar amor tenemos lo que Ignacio llama examen general (EE. N^o. 43) y que hemos llamado Oración de Alianza siguiendo a Pierre Gouet. Ese examen me permite acoger a ese Dios que ha tocado mi día dejando estelas o destellos de bienaventuranza. Es mirar el día viendo las razones de estar contento de Dios. Aprendo a leer mi vida de manera espiritual.

Lo mismo sucede con el mundo. No se le tiene miedo sino que se aprende a leerlo en lo mejor que tiene en su devenir. En ese devenir está Dios presente. Es descubrir que los medios humanos son de Dios como también los divinos. Hay una célebre carta de Ignacio escrita por Polanco a Juan Alvarez, el 18 de julio de 1549 que dan luz a este respecto: "...Mirando aun en sí la espiritual filosofía, no parece que vaya muy sólida ni muy verdadera: es a saber, que usar medios o industrias humanas y aprovecharse o servirse de favores humanos para fines buenos y gratos a nuestro Señor, *sea doblar la rodilla ante la imagen de Baal*; antes parece que quien no piensa sea bien servirse dellos y expender, entre otros, este talento que Dios da, reputando como fermento o mixtión no buena la de los tales medios con los superiores de gracia, que no ha bien aprendido a ordenar todas las cosas a la gloria divina y en todas y con todas aprovecharse para el último fin del honor y gloria divina"².

El que nos hace amar el mundo nos regala el que podamos estar a gusto con todas las iniciativas que vayan en servicio y solidaridad de los seres humanos. De ahí, el poder seguir teniendo una manera de proceder y encontrar a Dios en todas las cosas. Puede parecer que la

² San Ignacio: Obras Completas. BAC, Madrid 1963, pág 714

Compañía de Jesús no sea austera o recia, pues, no es fácil entrar en los medios humanos y asumirlos como proceso de Dios pero sin dejarse empantanar y sumergirse en ellos. Es tocar y usar todo aquello que fascina a los seres humanos sin dejarse fascinar. Recordemos que entrar en el mundo es entrar en las tentaciones que trae este mundo pero sin caer en ellas y hacerlo siguiendo a Jesús. Esta manera de entrar en el mundo ayuda a mostrar que nada es absoluto salvo Dios. Al mismo tiempo, que supone estar anclado en la roca que es Dios y Jesucristo.

Este modo ignaciano es profundamente actual, pues, vivimos grandes cambios culturales, sociales y económicos (incluso ecológicos) casi tan grandes como los vividos por Ignacio. Nuestra sociedad en donde todo se vale, todo se vuelve *light* o como sin fidelidad requiere toda esta manera de caminar para un discernimiento y un juicio ético. Necesita saber ser encontrando donde está para disponerla a Dios y así terminar en una manera de proceder que muestra la novedad del Reino. Esa voluntad de Dios que es la misma en el cielo como en la tierra.